

se dejan el uno al otro y ella no regresará a la Avenida Sonora hasta casi dos años más tarde.

Maura será otro de los mentores de Laura Díaz. Maura le dará una perspectiva más amplia, más europea, más universal que las que le dieron el marido y Orlando Ximénez. Él ha vivido la guerra civil española, la persecución nazi de los judíos, el campo de Buchenwald, ha estudiado con Husserl en Friburgo, conoce los entresijos de la política internacional, la decepción y las dudas que empiezan a lastrar la ideología socialista. En las tertulias del *Café de París*, de México, Octavio Barreda, Maura y sus amigos españoles, Vidal y Basilio Baltasar (otro guiño anacrónico de referente real), la ilustrarán en las diferencias entre republicanos demócratas y anarquistas, entre comunismo y liberalismo. Así como la historia del obrerismo mexicano la recibió Laura, de refilón, a través de las conversaciones de su marido con otros dirigentes de la CROM, reunidos en el comedor de la casa de Sonora, apartada ella en la habitación de al lado, o bien en directo de Juan Francisco cuando ella le sonsacaba, más para descifrarlo a él que para formarse una opinión objetiva del sindicalismo, las tertulias de Maura y los republicanos españoles le dan una perspectiva del entramado político del mundo occidental.

Entretanto, la familia de Laura, sus hijos, van haciéndose hombres, muy diferentes los dos. El primero, Santiago –nombrado así en recuerdo del medio hermano mártir–, con indudables dotes artísticas, trabajará con Diego Rivera y se empapa de Van Gogh y Egon Schiele. «Santiago el Menor», lo llamará su madre, que lo adora y lo apoya constructivamente en su vocación artística. El segundo, Dantón (nombre elegido por el padre) frío y calculador desde joven, estudiará derecho, no querrá incorporarse a la lucha sindicalista del padre, y decidirá medrar en el neocapitalismo mexicano que comienza a propiciar el gobierno de Alemán. El marido va apagándose políticamente, autoderrotándose, hasta que le llega el final: una muerte anodina en el cotidiano cuarto de baño. La muerte del hijo Santiago fue dolorosísima para Laura Díaz, viéndolo extinguirse día a día por el desgaste de su sistema inmunológico. «Llega un momento de la vida en que nada tiene importancia salvo amar a los muertos», es la frase inicial del capítulo que cronológicamente marca la mitad del siglo XX en la vida de Laura Díaz. Todavía habrá otro hombre en los años de Laura Díaz, el norteamericano Harry Jaffe, que participó muy joven en la guerra civil española, víctima más tarde en las purgas «macartistas» ahora en Cuernavaca con el grupo de expatriados de Hollywood. También el exilio español en México, con sus figuras emblemáticas –en la obra y en el corazón de Fuentes, me consta–: Buñuel, Max Aub, Cernuda, Manuel Pedroso..., tendrá

sus brillantes viñetas en el texto de nuestra contemporaneidad. La prosperidad apabullante del hijo Dantón, casado con una millonaria, metido en negocios poco claros, conchabado con políticos corruptos, provoca la capacidad de desprecio de Laura hacia este hijo sin ideales que no reconoce más dignidad que la del dinero a la sombra del poder.

Tras el seísmo de 1957, Laura Díaz abandona por tercera y última vez la residencia en ruinas de la Avenida Sonora. Desde el nuevo apartamento en la Plaza de Río de Janeiro, Colonia Roma, con la Leica que le regaló el comunista norteamericano Harry Jaffe, y casi sesenta años, Laura sale a ese espacio amado, a esa región, no ciertamente la más transparente del aire, pero quizá sí la de mayor fuerza telúrica, la que es capaz de provocar amores y odios súbitos, la ciudad de México, con sus desplantes climáticos, con su agresividad, con la caricia de su infinita dulzura en las primeras horas mañaneras; México, Distrito Federal, su historia, su clima, sus gentes, son ahora la pasión remozada de Laura Díaz, transmitida a las películas fotográficas, que acreditarán su nombre como fotógrafa de fama y reportera profesional de las grandes agencias mundiales. Logra hacerse por fin dueña de una profesión y de un medio de vida.

En la Navidad de 1965, Santiago López, hijo de Dantón, nieto de Laura Díaz, a quien apenas conocía, con su novia Lourdes Alfaro, se viene a vivir con la abuela, por no querer el joven seguir las imposiciones del padre, pretendiendo trazarle el mismo camino de «mordidas», «servicios», «comisiones ilegales» y «acomodos» al político de turno, que ha venido recorriendo él. El tercer Santiago y su novia se casan y viven en familia con la abuela. Nace en el hogar de Laura independiente el cuarto Santiago, el biznieto, pero apenas cumplidos los dos años el Santiago IV, a Laura Díaz le toca fotografiar el cadáver del tercer Santiago, el nieto, asesinado el 2 de octubre en la Plaza de Tlatelolco.

Los Ángeles 2000 es el espacio y la cifra que como colofón estructural cierra la vida de Laura Díaz, pensada, imaginada, inventada y suplida por su bisnieto, el cuarto Santiago. El último de la saga, ahora en Los Ángeles, ha de realizar un reportaje fotográfico sobre el mural recién restaurado que en el año 1930 realizara en esta ciudad David Alfaro Siqueiros.

Como Flaubert, como «Clarín», como Tolstoi y Dostoievski, Carlos Fuentes ha creado y se ha recreado en la construcción de un personaje de mujer, del que seguramente si lo apuraran mucho podría decir: «Laura Díaz soy yo». En la novela, asistimos a la maduración sentimental e intelectual de la protagonista y a la «hechura» de una mujer prototípica del siglo XX, que sobre todo en la primera mitad del siglo «lo tuvo muy difícil». Una mujer con sus tanteos y sus indecisiones, con su voluntad de «querer ser»,

de «querer hacer»; y que acierta y se equivoca. Una mujer que intenta ser independiente, todavía no «liberada» (aún no la liberación de las *Women's Lib*). Una mujer con sus debilidades y sus arrestos, una mejor como todas. No es una mártir como Edith Stein<sup>3</sup> (o como Raquel Alemán, en la novela), no es una filósofa como Simone Weil, es la mujer alerta y paciente, que acumula experiencia, vida, que escucha, y que a solas transforma lo recibido en sabiduría existencial. Es esa mujer paradigma de la fémica del siglo XX, que ahora, en el último año del siglo, nos dará un avatar, Louise Arbour, Procuradora del llamado Tribunal Penal Internacional, que se atreve a inculpar a Milosevic y otros tres dirigentes yugoslavos de crímenes contra la humanidad resolviendo así jurídicamente un conflicto bélico internacional.

Laura Díaz vive y aprende, se abre a los demás, protege a los desvalidos, ampara a los perseguidos sin preguntar filiación, y se ausculta a sí misma para saberse, para saber qué parte es esencialmente suya o qué es hechura de los otros, débito de los otros y débito a los otros, surco que aguarda ser colmado. Pues en el texto subyace una filosofía existencial que Fuentes psicologiza: la posibilidad siempre abierta de reinterpretación histórica. Nuestras vidas son incompletas, y esa incompletez la realizarán otros, del mismo modo que nosotros llevamos a cabo, consumamos proyectos, sueños, amores de otros que nos precedieron. No se puede decir que cada tiempo y cada vida en sí solos tengan un sentido pleno. Los tiempos y los destinos no están cerrados ni irrevocablemente pasados y siempre es posible un acceso a ellos que los determine en su esencia. Este acceso al destino y «los años» con Laura Díaz es el que realiza en la ficción novelesca que comentamos el cuarto Santiago.

En fin, una gran novela ideológica en el sentido sartriano, no por la enorme información sobre las ideologías políticas de nuestro tiempo, que la hay, sino porque esa información nunca es expositiva sino encarnada en la peripecia vital de los personajes, que asumen su fe y sus dudas con apasionamiento dialéctico, pero *no dejan de actuar por nada*. «Ideología –escribió Sartre– es la totalidad sintética frecuentemente contradictoria de todo lo que la época ha producido para ilustrarse». Y, aquí, en las 467 páginas de la novela de Fuentes, tenemos no sólo lo que la época ha producido –a partir de coordenadas impuestas por la realidad– para explicarse a sí misma y para expresarse a sí misma, sino también todo lo que la época ha heredado y arrastra de su pasado, y todo lo que la época ha imaginado y proyectado sobre su futuro.

<sup>3</sup> Edith Stein y Simone Weil son sacadas a colación en determinados contextos de la novela.

